

## 042. Alegría y belleza supremas

Muchas veces sacamos a relucir un tema que nos preocupa de verdad: *la felicidad*.

Porque, ¿para qué nos ha creado Dios, para la felicidad o para la desdicha? Y no hablamos del otro mundo que esperamos, pues ya sabemos que nuestro destino es la felicidad eterna en el seno de Dios.

No, no hablamos del mundo que vendrá; hablamos de éste, hablamos de esta vida.

Entonces, ¿a qué obedece que haya corazones destrozados, cuando todos soñamos en la felicidad, y Dios quiere que seamos felices aquí?...

En estos tiempos de tanta sensibilidad social, nos duele en el alma ver a tantos hombres padecer hambre; mirar a los que no cuentan con medios para recobrar la salud pedida; saber de muchos que marchan desterrados de sus países por culpa de guerras sin ningún sentido; observar a nuestro alrededor a hombres y mujeres sin trabajo... Todo esto nos resulta muy doloroso, porque esos hermanos tienen el corazón destrozado, sin disfrutar de una felicidad a la que tienen pleno derecho.

Aunque no lo parezca, la felicidad actual y la felicidad venidera están íntimamente ligadas. Todo depende de una sola cosa: ¿en qué consiste la felicidad, y en qué buscamos la felicidad?

Si no sabemos dar respuesta a esta pregunta, es posible que nunca demos con la clave de la felicidad y pasemos la vida sin gozar de la dicha verdadera.

La felicidad no la dan las cosas de fuera, sino que es íntima, porque reside en el fondo del alma. Es muy posible que rían los labios mientras sangra el corazón, y, al revés, pueden llorar los ojos mientras el corazón rebosa de gozo y de paz.

La gran estrella del teatro de París, Eva Lavallière, había llevado una vida tan pobre moralmente que era una calamidad completa. Fama, joyas, amores..., tenía todo, no le faltaba nada, era la reina indiscutida en aquellos años primeros del Siglo XX, llamados sin más *La Belle Epoque...*, la época bella por antonomasia. Sin embargo, Eva Lavallière era una desgracia total. Hasta que le viene la luz de Dios, se convierte y se da al Señor con toda su alma.

Nadie sabe lo que pasa. Se busca a la famosa estrella, y nadie da con ella. Al fin, dos amigas íntimas encuentran su escondrijo. Y una de ellas exclama gozosa:

*- ¡Por fin terminó la broma y se aclaró el misterio! ¿Vienes para la jira americana? Llegas a tiempo para participar en la excursión de estrellas, y no va a faltar la más brillante... Se sospechaba que te habías escondido en Lourdes, y ya te íbamos a buscar allí. ¿Vienes, sí o no?*

La encantadora Lavallière no cede:

*- ¡No, no voy, y no os empeñéis, pues no lo vais a conseguir! Mi propósito es muy otro.*

Insiste la otra amiga, a la que se le humedecen los ojos cuando sigue hablando la Lavallière:

*- Os deseo a vosotras todo el éxito que yo tengo ahora: no sabéis lo feliz que soy con la gracia de Dios. Sí, aunque no lo creáis, jamás he sido tan feliz como desde el momento en que he conocido a Dios y lo llevo dentro.*

Aquí estaba la clave de todo: en esa gracia y en ese Dios que la artista supo aceptar en su corazón.

Y es Dios quien nos habla por boca de estos experimentados.

Tenían todo menos Dios, y se aburrieron.  
Tuvieron después a Dios, y eran felices aunque les faltara todo lo demás.

Todos buscan desaladamente la felicidad y son pocos los que dan con ella. El mundo capitalista, la sociedad del bienestar, el turismo tan distraído, el sexo sin freno, la diversión loca de la discoteca..., todo lo que la propaganda y la técnica modernas ofrecen para disfrutar, todo eso no trae la felicidad soñada. Sólo donde están Dios y su gracia está la felicidad verdadera, la genuina, la que no engaña.

Y con la felicidad, la complacencia en la propia dignidad y la propia belleza. Claro, que la dignidad y la belleza de la Gracia es cosa de Dios, y no nuestra. San Agustín, con su agudeza de siempre, lo dice así:

*- Lo único que en ti agrada a Dios es lo que tienes de Dios; lo que tienes de ti mismo, no agrada a Dios.*

Porque nosotros, sin la Gracia de Dios, ¿qué somos? Vale más no decirlo... Mientras que la Gracia de Dios, metida en nosotros, nos da toda la hermosura de Dios.

Esta belleza de nuestras almas llega a su cumbre cuando Cristo viene personalmente a nosotros por la Eucaristía.

Porque al unirse su Cuerpo y su Sangre con nuestros miembros, y derramarse su gracia por todo nuestro ser, nos hacemos portadores de Cristo, que es la belleza suprema del Cielo, y Cristo nos eleva en aquellos momentos a unas alturas inimaginables de participación en la vida de Dios.

Un niño presenta a Juan María Vianney un precioso ramo de flores. El Santo las contempla extático, se enternece ante la inocencia del niño que se las ofrece, y aprovecha la ocasión para darle una lección que le iba a durar toda la vida:

*- Hijito mío, tu alma es mucho más hermosa que estas flores tan bellas. ¡No lo olvides nunca!*

Hermosura y felicidad, salud y juventud perenne para disfrutar y lucir... ¿No es ésta la aspiración de tantos, de todos, vaya?...  
¡Y las tenemos tan a mano!... Porque, ¿quién dice que no puede tener a Dios?...